

---

# Adiós a la Tierra

*Estaciones espaciales,  
superpotencias rivales y  
los viajes interplanetarios*

Robert Zimmerman

TRADUCCIÓN DE CÉSAR MORA

  
**melusina**

---

## Prefacio

Las sociedades cambian y aunque en el transcurso de sus vidas los seres humanos no siempre lo perciban, el proceso de cambio sigue su curso inexorable, unas veces para bien y otras para mal. La historia de las primeras estaciones espaciales y la de los hombres y mujeres que las construyeron y lanzaron al espacio es, en muchos sentidos, la historia de la evolución del pueblo ruso. Cuando en 1957 iniciaron su viaje hacia las estrellas, los rusos constituían una cultura aislada, xenófoba y autoritaria, regida por una élite opresiva que se creía con el derecho de determinar cómo tenían que vivir su vida el resto de las personas. Cuarenta años más tarde, la misma nación se ha convertido en una de las democracias más jóvenes del mundo. Sus fronteras están abiertas, su pueblo es libre y su economía prospera.

En el transcurso de esos años una inevitable sensación secular de inseguridad empujó a Rusia a salir al espacio para probarse a sí misma ante el mundo, y la condujo a ser la primera en dar pasos reales y duraderos hacia la conquista del sistema solar. Utilizando una tecnología creada por un pueblo que apenas una generación antes era todavía analfabeto, los cosmonautas rusos se aferraron con las uñas al filo del espacio y aprendieron a realizar los primeros viajes interplanetarios reales. En ocasiones, algunos hombres murieron. En otras, se levantaron por encima de sus raíces y emprendieron acciones gloriosas y valientes. Entretanto, he aquí la paradoja, el programa espacial que los comunistas apoyaron y crearon, en su intento estéril por remodelar la naturaleza humana, contribuyó a que Rusia avanzara del comunismo y la dictadura hacia la libertad y el capitalismo.

En *Adiós a la Tierra* he intentado contar esta historia. Pero este libro no trata tan sólo de la manera en que Rusia cambió durante el siglo XX. Para los estadounidenses, esta historia comporta lecciones que, tal vez, les cues-

te admitir a algunos. Pues mientras los rusos se alejaban de la tiranía al poner su mirada en las estrellas, Estados Unidos evolucionaba de una sociedad libre e innovadora hacia una cultura que hoy parece empantanada en la burocracia, la centralización y un egocentrismo desmedido.

A comienzos de la década de 1970, Estados Unidos poseía los instrumentos, la capacidad, la visión, la libertad y la voluntad para viajar a las estrellas. Habíamos explorado la Luna y nuestros cohetes tenían una potencia nunca antes alcanzada. Y habíamos lanzado con éxito la primera estación espacial, con recursos tan sofisticados que a los soviéticos les costó casi tres décadas de esfuerzos igualarlos. De haber trabajado un poco más, aquella estación se habría convertido en una nave espacial capaz de transportar seres humanos a cualquier lugar del sistema solar. El camino estaba abierto ante nosotros y de nosotros dependía emprenderlo.

Y entonces la voluntad decayó. Durante los treinta años siguientes los pioneros fueron otros, mientras que los estadounidenses prefirieron dedicarse a empresas menos arriesgadas y, acaso, menos nobles. Y algo aún más importante: al mismo tiempo que el audaz programa espacial soviético enseñaba a los rusos a vivir una vida libre y abierta, el burocratizado y timorato programa espacial estadounidense de finales del siglo XX enseñó a los estadounidenses a depender no tanto de la libertad y la descentralización, como de una burocracia de estilo soviético en perjuicio de su cultura y deseo de conquistar las estrellas.

Que estos hechos puedan tener un reflejo negativo sobre mi propio país es para mí una fuente de tristeza indescriptible. Nací en un país de individuos de espíritu libre, en la que todos se creían pioneros, capaces de abrir nuevos caminos y construir nuevas comunidades dondequiera que fueran. Pues, tal y como un político muy vilipendiado pero persona de principios —hijo de padre judío y madre cristiana—, afirmara en 1978:

Nosotros somos el pueblo del «todo es posible». Hemos cruzado océanos, conquistado montañas, surcado ríos y atravesado praderas para construir en este continente un monumento a la libertad humana. Vinimos aquí desde muchos países con idiomas diferentes unidos por nuestra fe en Dios y nuestra sed de libertad. Afirmamos que los gobiernos basan sus justos poderes en el consentimiento de los gobernados. Afirmamos que el pueblo es soberano.<sup>1</sup>

No sé si estas palabras aciertan a describir el país en la actualidad. Si nos tuviéramos que guiar por nuestros logros en el ámbito espacial desde que Barry Goldwater pronunciara estas palabras, no habría muchos motivos para mostrarse optimista.

No obstante, un pueblo libre y grande se prueba en su capacidad para hacer frente a verdades difíciles y actuar en consecuencia. Es lo que el pueblo estadounidense hizo en la década de 1860, cuando liberó a los esclavos. Es lo que esa misma sociedad hizo en la década de 1950, cuando puso fin a la discriminación racial. Y es lo que el pueblo ruso hizo en 1991, cuando rechazó la dictadura comunista y alcanzó la libertad. Creo sinceramente que las generaciones venideras de estadounidenses serán igual de valientes y realizarán actos de igual nobleza.

Las estrellas centellean aún sobre nosotros recordándonos que «el alcance de un hombre ha de ir más allá de su entendimiento, si no ¿para qué existe el cielo?», como dijo el poeta Robert Browning. ¿Quiénes alcanzarán ese cielo? ¿Quiénes tendrán el valor, la intrepidez y la audacia para llegar a las estrellas y ponerlas al alcance de todos?

Durante los últimos cuarenta años algunos soñadores visionarios, tanto en Rusia como en Estados Unidos, lucharon por construir las primeras naves espaciales interplanetarias. Por diversas razones políticas las llamaron estaciones espaciales y fingieron que su único cometido era permanecer en órbita alrededor de la Tierra y realizar investigaciones científicas en el espacio. Quienes las construyeron, sin embargo, sabían que esto no sería así. Algún día los hombres instalarían motores en esas estaciones espaciales y, en lugar de mantenerlas girando alrededor de la Tierra, las lanzarían al espacio interplanetario. Dejarían la Tierra tras de sí para viajar a otros mundos y así hacer posible la colonización de los planetas.

¿Cuándo se producirá al fin ese salto hacia lo desconocido? ¿Qué tipo de sociedad humana construirán esos exploradores? ¿Será un lugar libre y feliz, «un monumento a la libertad humana»? ¿O será algo distinto, algo de lo que no pocos se avergonzarían? La nación que llegue hasta las estrellas será la que lo decida.

«Lo pasado es prólogo», escribió Shakespeare. Los hechos ocurridos en el espacio durante los últimos cuarenta años han situado a la raza humana en un determinado camino. Al contar esta historia espero ayudar a las generaciones venideras a transitar ese camino con una mayor sabiduría.